

LA GUERRA Y LOS NAIPES: EL ÓRDAGO DE *CÓMO SE HACE UNA NOVELA*

WAR AND CARDS: THE ÓRDAGO OF CÓMO SE HACE UNA NOVELA

Stephen ROBERTS
University of Nottingham
stephen.roberts@nottingham.ac.uk

Cards are war, in disguise of a sport.
Charles Lamb (1775-1834), *Essays of Elia* (1823) (Lamb, 1913: 46)

Este artículo trata sobre el mus, el más apasionante de los juegos de cartas, y sobre una de las obras más originales de la vanguardia europea, *Cómo se hace una novela*. Su tema es la guerra entre naciones, entre ideologías políticas o cosmovisiones filosóficas y entre individuos, tema tristemente actual y urgente, tanto en la época de Unamuno como en la nuestra. Su objetivo es analizar el modo en que, con la ayuda de los naipes de la baraja española, Unamuno aprendió a guerrear contra la Dictadura del general Miguel Primo de Rivera durante su exilio voluntario en Francia entre 1924 y 1930.

Unamuno vivió una época particularmente violenta marcada por la Segunda Guerra Carlista de 1872-1876, que el futuro escritor experimentó en primera persona; por la Gran Guerra de 1914-1918 y las guerras coloniales en Marruecos, que promovieron la radicalización de su compromiso político como intelectual; y por la Guerra Civil de 1936-1939, que, por último, le llevó a la muerte. La visión de Unamuno que va creando la España del siglo XXI, con películas y documentales como *Mientras dure la guerra* (Alejandro Amenábar, 2019) y *Palabras para un fin del mundo* (Manuel Menchón, 2020), es la de un intelectual entero y acosado, capaz, *in extremis*, de autocorregirse y de enfrentarse a la sinrazón de la violencia del bando nacional. Hay mucha razón en semejante caracterización, aunque

esconde también algunas de las complejidades de la relación unamuniana, tanto con el levantamiento militar de julio de 1936 como con la violencia y con el concepto de la guerra en sí.

Unamuno mantuvo a lo largo de su vida una relación hartamente ambigua con el concepto de la guerra, ensalzándola a veces y, en otros momentos, denunciándola o esforzándose por transformarla en una categoría más intelectual que militar (sobre este tema, véanse, *inter alia*, Díaz, 1968: 120-133; Ferrater Mora, 1985: 77-80 y 87-93; Cerezo Galán, 1996: 480-495 y 815-838; Urrutia, 1997: 137-139; Juaristi, 1997; Rabaté y Rabaté, 2018; Unamuno, 2019: 111-125). Como el mismo Unamuno nos cuenta en múltiples escritos, todo empezó para él con el sitio de Bilbao por parte de las tropas carlistas entre diciembre de 1873 y mayo de 1874, cuando el futuro escritor tenía solamente nueve años. En sus autobiográficos *Recuerdos de niñez y mocedad* (1908), Unamuno capta el ambiente de alegría, aventura y heroísmo que reinaba entre los niños bilbaínos durante el bombardeo carlista de la ciudad (Unamuno, 1966: VIII, 129-130). A pesar de que, en la novela *Paz en la guerra* (1897), Unamuno denuncia los horrores de la Segunda Guerra Carlista, principalmente las inútiles muertes de un sinnúmero de soldados de ambos bandos (Unamuno, 2014: 318-321), el escritor vasco seguirá subrayando el efecto, a su modo de ver, positivo que, tanto para él, como para Bilbao y España, ejerció la última guerra civil del siglo XIX. Por un lado, repite incesantemente que, con el sitio carlista de Bilbao y la liberación de la ciudad el 2 de mayo de 1874 por las tropas liberales, él mismo llegó a sentir «el primer albor de conciencia civil y liberal» (véase, por ejemplo, Unamuno, 1966: VIII, 1193). Por otro, Unamuno seguirá ostentando una visión mítica de lo que representa una guerra civil, llegando a afirmar en su discurso en la bilbaína Sociedad El Sitio en enero de 1924, un mes escaso antes de su deportación por parte de la Dictadura de Primo de Rivera a la isla de Fuerteventura, que:

Las guerras civiles -vuelvo a repetirlo-, y esto ya lo dijo hace muchos años alguien en medio de un gran escándalo, son las más santas de las guerras y, además, las más nobles, generalmente: las guerras civiles que llenan, en una u otra forma, casi toda la Historia, desde la muerte de Fernando VII hasta ahora mismo que, aunque latente, estamos también en guerra civil. (Unamuno, 1996a: 34)

La ambigüedad unamuniana frente a la realidad y el concepto de la guerra se hace aun más patente en los artículos que escribió durante la Gran Guerra de 1914 a 1918. En «La guerra y la vida de mañana», publicado en *La Nación* (Buenos Aires) el 28 de marzo de 1915, Unamuno empieza afirmando sin ambages que él no es pacifista, para luego hacer suya la afirmación del filósofo francés Emilio Boutroux, que arguye que, en lugar de oponer «entre sí y como cosas contradictorias, la guerra y la vida, debemos esforzarnos por sacar de la guerra misma lo que puede contener de favorable al mantenimiento y al mejoramiento de la vida» (Unamuno, 1966: IX, 1276). Haciendo alarde de ciertos impulsos claramente social-darwinianos e incluso malthusianos, Unamuno pasa a enumerar en otros

artículos las ventajas de la guerra para la civilización europea y para la humanidad en general. El progreso humano, nos dice en «Paz armada y guerra inerme» (*La Nación*, Buenos Aires, 1 de agosto de 1916), «necesita de la guerra tanto como de la paz», ya que «[n]o se concibe la paz sin la guerra –algún género de guerra y en ocasiones cruentas– ni la quietud sin el movimiento» (Unamuno, 1966: IX, 1431). La suprema función de la guerra, añade en «¡Venga la guerra!» (*Nuevo Mundo*, Buenos Aires, 19 de octubre de 1914), es «la de servir de ennoblecedora y depuradora del odio»: no hay que olvidar que Cristo dijo que venía a la tierra a traer guerra, esto es, «[l]a guerra noble, la que enciende y quema el odio, convirtiéndolo en holocausto de sacrificio», y, consecuentemente,

[e]l campo de batalla, por trágica paradoja, es el campo de un acercamiento espiritual: de conocerse mejor unos a otros, los que entre sí luchan: de compadecerse en el fondo de sus almas: de quererse. Alguna vez, lo he dicho, y ahora lo repito, que el más caliente e íntimo abrazo fraternal, es el que se dan vencedores y vencidos, sobre los muertos de unos y de otros, en el campo ensangrentado de la lucha. (Unamuno, 1966: IX, 965-967)

En otro artículo, «El juego y la guerra» (*La Nación*, Buenos Aires, 12 de junio de 1917), Unamuno, influenciado tanto por su profunda aliadofilia como por las afirmaciones propagandísticas y ultranacionalistas de Sir Charles Waldstein, contrasta el aparente espíritu deportivo que demuestran los ingleses durante la guerra, su énfasis en el *fair-play* y en la necesidad de «jugar limpio» con la supuesta convicción alemana de que el fin justifica los medios y su obsesión con la victoria a toda costa (Unamuno, 1966: IX, 1470-1474) –argumento un tanto absurdo que bien podría haber inspirado, años más tarde, la famosa observación del Juan de Mairena machadiano: «El inglés, en efecto, ha sabido dignificar la lucha, convirtiéndola en juego, más o menos violento, pero siempre limpio, donde se gana sin jactancia y se pierde sin demasiada melancolía. [...] Todo esto es verdad. Mas cuando no se trata de pelear, ¿de qué nos sirven los ingleses? Porque no todas las actividades han de ser polémicas» (Machado, 1942: 18-19)–. En «Protejamos nuestras discordias» (*La Nación*, Buenos Aires, 21 de marzo de 1915), mientras tanto, Unamuno, lanzando un claro «¡Bendita sea la guerra!», ofrece una entusiasta celebración de la Gran Guerra, subrayando, con una crueldad algo insólita en él, que «Morirá mucha gente en esta guerra, gente, por lo demás, que de todos modos habría acabado por morir; se destruirá mucha riqueza, pero abrigo la fe de que gracias a ella nacerá gente nueva, de veras nueva, y se creará riqueza nueva». La guerra actual, concluye Unamuno, es una guerra espiritual y una guerra de doctrinas y tendencias no solamente entre los países rivales, sino también dentro de cada uno de ellos, y representa una oportunidad de purificación y renovación para Europa. Por eso, España, aunque neutral, necesitaría reavivar sus viejas guerras civiles y discordias intestinas para así conseguir también purificarse y renovarse (Unamuno, 1966: IX, 1269-1275). Todavía en 1932, Unamuno presentaría la Gran Guerra como un conflicto inevitable y en cierto sentido necesario para el bienestar del continente europeo en su totalidad (véase el artículo «Fatalidades

de guerra», publicado en *La Voz de Guipúzcoa*, San Sebastián, el 13 de noviembre de 1932; en Unamuno, 1979: 209-212).

En artículos como estos, Unamuno demuestra una clara tendencia, tristemente común en la literatura y el periodismo europeos de la Gran Guerra e incluso de los años subsiguientes, a glorificar y a mitificar la guerra en sí misma. Y, sin embargo, también se ve en algunos artículos unamunianos de 1914 a 1918 un intento cada vez más explícito de sublimar la noción de la guerra y de transformarla en una categoría intelectual. Ya al final de *Paz en la guerra*, Unamuno había sentado las bases de esta transformación al revelar el modo en que, después del final de la Segunda Guerra Carlista, su personaje Pachico Zabalbide se refugia en la paz de la naturaleza y aprende a concebir la guerra de una forma más metafórica que literal, esto es, como una parte constituyente y esencial del progreso de los pueblos:

En el seno de la paz verdadera y honda es donde sólo se comprende y justifica la guerra; es donde se hacen sagrados votos de guerrear por la verdad, único consuelo eterno; es donde se propone reducir a santo trabajo la guerra. No fuera de ésta, sino dentro de ella, en su seno mismo, hay que buscar la paz; paz en la guerra misma. (Unamuno, 2014: 408)

A partir de esta novela de 1897, el propio Unamuno buscaría también conjugar paz y guerra al dedicarse en cuerpo y alma a una guerra periodística en contra de las iniquidades del sistema de la Restauración, con el objetivo explícito de canalizar las discordias que habían dado lugar a las guerras civiles del siglo XIX y de transformarlas en guerras dialécticas que pudieran ayudar a galvanizar, reanimar y renovar la vida pública española del siglo XX (sobre este punto, véase Roberts, 2000). Unamuno introduce esta conflictiva visión de la historia y de la política en sus artículos de la Gran Guerra, principalmente a la hora de combatir lo que para él suponen las consecuencias negativas de la neutralidad española. A veces Unamuno parece abogar por la participación española en la terrible contienda que asolaba a tantas naciones europeas, como se puede apreciar en su queja, en «Empleo de pasión» (*El Imparcial*, Madrid, 22 de marzo de 1915), hacia la falta de conciencia política en España, la cual contrasta con el hecho de que «[a]hí fuera se ventila, a cañonazos, ideales» (Unamuno, 1976: 17). No obstante, lo que reclama Unamuno principalmente es que los españoles participen en los debates y guerras de ideas subyacentes, tanto en la Gran Guerra en sí, como en sus propias guerras civiles del siglo XIX: «Tenemos que proteger no sólo nuestra unidad, sino también, y ante todo, nuestras disputas, nuestras disensiones, nuestras querellas intestinas, nuestra guerra civil. Eso que algunos llaman la «paz germánica» sería peor que la guerra misma. Esa horrenda disciplina con la que sueñan nuestros reaccionarios sería cien veces peor que la más desenfundada discordia» («Protejamos nuestras discordias». En Unamuno, 1966: IX, 1272). Por esta razón, en estos artículos Unamuno comienza a establecer una vaga distinción entre la «guerra cruenta o incivil», por un lado, y la «guerra incruenta o inerme», por otro, aunque sin llegar a desligar totalmente el nexo existente entre las dos. En «Paz

armada y guerra inerme» (*La Nación*, Buenos Aires, 1 de agosto de 1916), por ejemplo, Unamuno habla a favor de una «noble guerra civil inerme» entre los países europeos e incluso dentro de ellos, aunque también alerta contra el deseo de conseguir la paz a toda costa, ya que hay paces, nos dice, que matan las disputas y disensiones y otras que no son más que la preparación de otra guerra aún más cruenta (Unamuno, 1966: IX, 1430-1438). Y en «Más de la guerra civil», publicado en *El Día Gráfico*, Barcelona, el 21 de agosto de 1916, Unamuno revela de nuevo la ambigüedad de su posición al acabar su defensa de la idea de una guerra civil incruenta que pudiera sustituir la neutralidad por la «alterutalidad», esto es, por una conciencia de las distintas posiciones de unos y otros, con una frase que reintroduce la posibilidad de una guerra civil aguda y cruenta:

Y la guerra civil se opone a la guerra militar, así como civilidad y civilización se oponen a militaridad y militarización.

La guerra ni debe ni puede desaparecer, pero debe civilizarse desmilitarizándose. Y la guerra verdaderamente fecunda es la guerra civil. Que por otro nombre se llama revolución. Sea aguda y cruenta, sea crónica e incruenta. (Unamuno, 1976: 49)

En los años que siguieron a la Gran Guerra, Unamuno continuaría defendiendo la necesidad de una guerra civil que pudiera regenerar a España, aunque por otra parte, frente a la violencia y los desastres de la guerra colonial en Marruecos, comenzaría también a suavizar tanto su visión como su retórica, como se puede apreciar en el artículo «Guerra en la paz», publicado en *El Liberal*, Madrid, el 4 de enero de 1922. En este, Unamuno afirma que los poderes fácticos están promoviendo la impopular guerra de Marruecos, que él caracteriza como «acción militar y policíaca, y no civil ni política», con el fin de «procurar la terrible paz de la muerte civil interior». Lo que hace falta, añade el intelectual vasco, es «la paz exterior para encauzar la inevitable y fecunda guerra interior» (Unamuno, 1996b: 256-257). Más tarde, durante la Segunda República, Unamuno seguirá postulando la inevitabilidad de las guerras, abogando más por su «mejor utilización y mejor aprovechamiento» que por su «prevención» («Paz en la guerra». *Ahora*, Madrid, 25 de abril de 1933. En Unamuno, 1966: VIII, 1194), aunque la creciente polarización de la vida pública española le llevará a aclarar que la guerra civil que él predica es una guerra civil incruenta («Guerra intestina familiar». *El Sol*, Madrid, 26 de agosto de 1931. En Unamuno, 1984: 61); a lamentar la posibilidad de que España entre de nuevo en una guerra civil incivil (véase, por ejemplo, «Guerra civil cavernícola». *El Sol*, Madrid, 29 de enero de 1932. En Unamuno, 1979: 139); y a volver a insistir no solamente en el principio de alterutalidad, sino también en la necesidad de que cada uno guarde su peculiar guerra civil dentro de sí en vez de «sacarla fuera» («Las juventudes españolas actuales y la Generación del 98. Conferencia en el King's College, Londres». *El Sol*, Madrid, 22 de febrero de 1936. En Pascual Mezquita, 2003: 363).

Durante los seis primeros meses de la Guerra Civil de 1936-1939, la posición de Unamuno sufriría un cambio parcial, desde su inicial y entusiasta adhesión

a la causa nacional hasta su creciente crítica, a partir de septiembre u octubre de 1936, de la violenta represión utilizada por los nacionales, y principalmente los falangistas y los legionarios (véase Rabaté y Rabaté, 2018). La experiencia de la guerra también da lugar en Unamuno a un profundo desconcierto y una profunda *crise de conscience*, como atestiguan las notas que componen el diario íntimo que llevó durante estos últimos meses de su vida y que tituló, amargamente, *El resentimiento trágico de la vida*. En este diario, Unamuno llega a dudar de su propia visión idealista de la Segunda Guerra Carlista al escribir: «Paz en la guerra guerra doméstica, no civil. No había odio (esos caribes y fariseos). ¿O es que yo la sentí con alma de niño? De seis bombas en mi casa no mataron a nadie» (Unamuno, 2019: 63). Y también, en una de las notas más escalofrantes, Unamuno parece poner en entredicho todo su proyecto intelectual, cuestionando, sobre todo, las posibles consecuencias de su propia retórica guerracivilista en el advenimiento de esta guerra civil tan incivil y cruenta. Pocas veces en la historia de la literatura universal ha expresado un escritor de forma tan clara el temor, no solamente de haber fracasado en su misión como intelectual, sino también de que sus propias ideas y palabras pudieran haber contribuido a la hecatombe de una guerra civil:

La experiencia de esta guerra me pone ante dos problemas, el de comprender, repensar, mi propia obra empezando por *Paz en la guerra* y luego comprender, repensar España. ¿Qué es España? ¿Cuál su fe? España es un valor comunal histórico pero dialéctico, dinámico, con contradicciones íntimas. La que los hotros llaman la Anti-España, la liberal, es tan España como la que combaten los hunos. (Unamuno, 2019: 41-43)

Se puede apreciar, por lo tanto, que Unamuno mantuvo hasta el final de su vida una relación compleja y ambigua con la violencia y con la guerra civil, aunque, en sus últimas décadas y, sobre todo, durante la Segunda República y los primeros meses de la Guerra Civil de 1936-1939, se trasluce un intento deliberado por parte del escritor vasco por sublimar la violencia y la guerra civil y subsumirlas en una filosofía de la historia basada en la relación apasionada entre naciones, entre cosmovisiones políticas y filosóficas y entre individuos. En este proceso, la época de Unamuno en el exilio (entre febrero de 1924 y enero de 1930) desempeñaría un papel fundamental. Durante estos años –o, para ser más exactos, desde el golpe de Estado del general Primo de Rivera en septiembre de 1923 hasta la caída de este en enero de 1930–, Unamuno viviría en un estado de guerra abierta contra el dictador, sus ministros e incluso el rey, Alfonso XIII. Muchos biógrafos y comentaristas, entre ellos Salcedo (1998 [1964]: 265-351), Comín Colomer (1968), Ouimette (1976, 1977 y 1985), Robertson (1985), Roberts (1986 y 2016), García Queipo de Llano (1988: 18-34, 55-68, 121-147, 202-218 y 311-328), Del Arco López (1990), Tellechea Idígoras (1999), Urrutia (1997, 235-260 y 2009), Urrutia Jordana (2003), Rabaté y Rabaté (2009: 451-553) y Juaristi (2012; 353-385), han arrojado luz sobre esta guerra entre el intelectual y la Dictadura: los orígenes de la oposición

entre ambos, su trasfondo ideológico y la evolución que se puede detectar en la estrategia política de Unamuno entre los poemas y ensayos que escribió en Fuerteventura y los artículos clandestinos que publicó desde París y Hendaya en *España con Honra* y *Hojas Libres*, respectivamente. Más recientemente, ha sido posible también comenzar a entender esta guerra desde la perspectiva del otro bando, con un análisis de los despachos cruzados entre el embajador español en París, José María Quiñones de León, y el cónsul español en Hendaya, Antonio Mosquera, por un lado, y el Ministerio de Estado en Madrid, por otro, despachos que revelan claramente que la Dictadura consideraba a Unamuno una amenaza para las buenas relaciones entre Francia y España en un momento crucial para la guerra en Marruecos, y que iluminan también las tácticas propagandísticas y políticas que empleaba la Dictadura en su intento por desprestigiar y neutralizar al intelectual vasco (véase Roberts, 2021).

Desde el primer momento, Unamuno dictó las condiciones de su guerra con Primo de Rivera, presentándola como una guerra entre dos maneras de entender la vida, entre dos filosofías, la intelectual y la militar, y entre dos individuos representativos: el Miguel intelectual que personificaba los valores espirituales y vitalistas de Don Quijote, y el Miguel dictador, a quien Unamuno representaba como un Don Juan envejecido y perverso (véase, por ejemplo, el primer poema de *De Fuerteventura a París* (1924). En Unamuno, 1981: 12; sobre este punto, véase Urrutia Jordana, 2003: 127-156). Así pues, Unamuno puso en práctica durante su exilio una política esencialmente legendaria basada en un duelo personalizado, dialéctico y verbal entre él mismo y el dictador (véanse Roberts, 2007: 195-221 y Roberts: 2016). Y esta guerra legendaria y verbal, llevada a cabo principalmente a través de periódicos españoles y franceses, acabó por intensificar aún más la convicción unamuniana de que él y todos los que le rodeaban vivían en las palabras y por ellas, que todos eran seres librescos, bíblicos, legendarios, novelescos e incluso ficticios –convicción que se fue ahondando en Unamuno debido a su soledad y aislamiento durante su exilio voluntario, primero en París y, más tarde, en Hendaya–. No es de extrañar, por tanto, que todas las obras ensayísticas de mayor calado que Unamuno escribiera durante esta época –*Alrededor del estilo* (1924), *La agonía del cristianismo* (1925) y *Cómo se hace una novela* (1924-1927)– se centrasen en la cuestión del estatus legendario, ficticio y por ende creador del yo. *Cómo se hace una novela*, en concreto, arroja mucha luz sobre el proceso psicológico sufrido por Unamuno en el exilio al encontrarse el escritor alejado no solamente de sus seres queridos y sus lectores, sino también de sus aliados y enemigos políticos. Bajo tales circunstancias, Unamuno se refugiará en la lengua castellana, último vestigio de la vida y realidad españolas que posee en Francia, volcándose en las palabras que escribe con la esperanza tanto de encontrarse a sí mismo como de encontrarse también con los demás, con sus lectores amigos y enemigos ausentes. En *Cómo se hace una novela*, Unamuno se esfuerza por ver este proceso como algo dinámico y creador, consciente también de los riesgos que conlleva:

¡Mi leyenda!, ¡mi novela! Es decir, la leyenda, la novela que de mí, Miguel de Unamuno, al que llamamos así, hemos hecho conjuntamente los otros y yo, mis

amigos y mis enemigos, y mi yo amigo y mi yo enemigo. [...] ¡Mi novela!, mi leyenda! El Unamuno de mi leyenda, de mi novela, el que hemos hecho juntos mi yo amigo y mi yo enemigo y los demás, mis amigos y mis enemigos, este Unamuno me da vida y muerte, me crea y me destruye, me sostiene y me ahoga. Es mi agonía. ¿Seré como me creo o como se me cree? (Unamuno, 2005: 187)

Siguiendo esta visión legendaria y bíblica de la realidad, Unamuno comienza a visionar a sus enemigos, y sobre todo al general Primo de Rivera, a su ministro de Gobernación el general Severiano Martínez Anido y a Alfonso XIII como seres hechos de palabras e, incluso, como creaciones novelísticas suyas, llegando a preguntarse:

¿Es que mi Alfonso XIII de Borbón y Habsburgo-Lorena, mi Primo de Rivera, mi Martínez Anido, mi Conde de Romanones, no son otras tantas creaciones mías, partes de mí, tan mías como mi Augusto Pérez, mi Pachico Zabalbide, mi Alejandro Gómez, todas las demás criaturas de mis novelas? Todos los que vivimos principalmente de la lectura y en la lectura no podemos separar de los personajes poéticos y novelescos a los históricos. (Unamuno, 2005: 185)

Para Unamuno, así pues, el rey, Primo de Rivera y Martínez Anido se convierten en «criaturas de mi espíritu, entes de ficción» (Unamuno, 2005: 197), y, para cuando el escritor añade la «Continuación» a *Cómo se hace una novela* en el verano de 1927, vuelve a transformarlos además en naipes de la baraja española. El escritor explica el día 4 de julio que, ahora que su familia ha llegado a Hendaya para pasar el verano con él, ha vuelto a «ciertos hábitos familiares, y entre ellos a entretenerme haciendo, entre los míos, solitarios a la baraja, lo que aquí, en Francia, llaman *patience*», juego de cartas que permite a Unamuno ensayar estrategias para su guerra con la Dictadura, tales como no impacientarse si la jugada tarda en resolverse; saber aprovechar el azar, y aprender, como Don Quijote, a tener paciencia y barajar (Unamuno, 2005, 222). Y, como explica el escritor desde su destierro hendayés,

mientras manejo reyes, caballos, sotas y ases, pasan en el hondón de mi conciencia, y sin yo darme entera cuenta, el Rey, los tiranuelos pretorianos de mi patria, sus sayones y ministriles, los obispos y toda la baraja de la farsa de la dictadura. Y me chapuzo en el juego y juego con el azar. Y si no resulta una jugada, vuelvo a mezclar los naipes y a barajarlos. Lo que es un placer. (Unamuno, 2005: 222-223)

«Los solitarios», sigue explicando Unamuno, «son solitarios para uno mismo solo, no participan de ellos los demás; y la patria que hay tras de ese camino de solitarios, una patria de soledad - de soledad y de vacío». (Unamuno, 2005: 224) Los solitarios ayudan a Unamuno a ensayar las estrategias necesarias para guerrear sin llegar a representar la guerra en sí, sino su mera preparación o prolegómeno. Será otro juego de naipes el que represente para Unamuno la experiencia de la guerra real, esto es, del combate agresivo y apasionado con el otro

capaz finalmente de sacarle de su aislamiento y ensimismamiento. El mus, viejo juego de naipes de origen vasco-navarro que Unamuno había jugado desde su mocedad, será el que durante su destierro, y principalmente durante su época en Hendaya, materialice la guerra en sí. Según varios testimonios, Unamuno pasaba sus tardes en Hendaya jugando al mus con amigos locales, de Hendaya, Irún y San Sebastián, en el Grand Café, situado en la céntrica Place de la République (véase Rabaté y Rabaté, 2009: 505). Es evidente que este juego de naipes, donde una pareja de jugadores se enfrenta a otra, ayudó a Unamuno a salir de su estado solitario de exiliado y a entrar en sociedad, en diálogo y en conflicto amistoso con los demás. Y, del mismo modo en que reflexiona sobre el solitario en la Continuación de *Cómo se hace una novela*, Unamuno reflexionará sobre el mus en su *Cancionero*, diario poético que comienza a escribir en marzo de 1928, y concretamente en los poemas 98, 175 y 640, fechados el 9 de abril de 1928, el 16 de mayo del mismo año y el 15 de enero de 1929, respectivamente.

Estos tres poemas resumen la experiencia personal y política de Unamuno en su exilio hendayés. En el poema 98, Unamuno celebra el compañerismo, la sociabilidad apasionada y la amable hostilidad que él asocia con el mus, además del reencuentro que le ofrece este juego de naipes con su País Vasco natal y la posibilidad que le brinda de seguir aprovechando el azar:

El mus trilingüe de Hendaya,
dos a dos es un combate;
«¡paso!» «¡envido!» «¡cinco más!»,
el arte está en el descarte.
Grande, chica, pares, juego,
y los boxeos verbales;
cerner el azar es suerte
de donde la gloria nace. (Unamuno, 1996: VI, 981)

En el poema 175, titulado «Teología del mus», mientras tanto, Unamuno imagina una jugada imposible en el mus, tener al mismo tiempo duples (dos pares o cuatro cartas iguales) y treinta y una (como el valor total de las cartas), para luego comparar lúdicamente esta milagrosa jugada con el milagro numérico del misterio de la Trinidad (Unamuno, 1996: VI, 175).

No obstante, la mayor obsesión de Unamuno en el juego de mus es el «órdago», esto es, el envite que representa la apuesta total y definitiva del juego al completo. Atraído por las raíces vascas de este vocablo, «hor dago», palabras que significan, como nos dice en el poema 640, «¡ahí está!», el escritor celebra, con nostalgia, la perduración de lo que llama esta «voz de una lengua que expira; / órdago, trágico envido / de milenaria agonía» (Unamuno, 1966: VI, 1142). A pesar de esta nota pesimista en cuanto al futuro de la lengua vasca, Unamuno expresa, tanto en este poema como en el siguiente, escrito el mismo día 15 de enero de 1929, el orgullo que siente al pertenecer a la «raza mía, / raza de órdago, ¡ahí está!» y no a las «razas ojalateras, / tristes razas de ¡ojalá!» (Unamuno, 1966: VI, 1142). Para Unamuno, «órdago» es voz del vasco Ignacio de Loyola y también de

otro vasco, Jean du Vergier de Hauranne, el abad jansenista de Saint Cyran que, según el poema 640, enseñó a Pascal su famosa apuesta sobre la existencia de Dios. Siguiendo el ejemplo de Loyola, el Abbé de Saint Cyran y Pascal, Unamuno transforma estos tres poemas del *Cancionero* en tres órdagos lanzados a Dios, ya que, como dice en el poema 98,

Y hay la apuesta de Pascal,
la única que con Dios vale.
«¡Órdago! ¡ahí está mi alma;
tu voluntad, Señor, hágase!» (Unamuno, 1966: VI, 981)

Los tres poemas dan expresión no solamente a una actitud militante frente a Dios, sino también a una actitud desafiante frente a la vida y a los demás seres humanos, como podemos apreciar en la última estrofa del poema 640, donde Unamuno introduce otra construcción vasca, *emén-nago*, literalmente «heme aquí», para subrayar el aspecto de autoafirmación, entrega y compromiso personal contenido en su concepto de «órdago» (Unamuno, 1966: VI, 1142). Tal construcción verbal o adverbial, «heme aquí», con el claro sentido imperativo que contiene, forma también las primeras palabras del núcleo original de *Cómo se hace una novela*, escrita en París en diciembre de 1924, aunque Unamuno personaliza e intensifica el íntimo sentido de esta construcción al añadirle el pronombre indirecto «te»: «Héteme aquí» (adición que Jean Cassou, en su traducción del núcleo original de la obra para el *Mercur de France*, no pudo captar con su escueto «Me voici»; véase Unamuno, 1926: 13). Unamuno, por lo tanto, comienza *Cómo se hace una novela* con un claro órdago echado desde la soledad de su hotel parisino y dirigido hacia cada uno de nosotros, sus lectores ausentes:

Héteme aquí ante estas blancas páginas –blancas como el negro porvenir: iterrible blancura!–, buscando retener el tiempo que pasa, fijar el huidero hoy, eternizarme o inmortalizarme en fin, bien que eternidad e inmortalidad no sean una sola y misma cosa. Héteme aquí ante estas páginas blancas, mi porvenir, tratando de derramar mi vida a fin de continuar viviendo, de darme la vida, de arrancarme a la muerte de cada instante. Trato, a la vez, de consolarme de mi destierro, del destierro de mi eternidad, de este destierro al que quiero llamar mi des-cielo. (Unamuno, 2005: 181)

Con este «Héteme aquí», mezcla de *hor dago* y de *emen nago*, Unamuno se recoge a sí mismo, lanzándose al mismo tiempo hacia el otro, uniéndose a él en y por el mismo acto de enunciación. Y, en esta construcción con que arranca *Cómo se hace una novela*, el escritor vasco resume no solamente el impulso que da origen y vida a toda la obra, sino también su visión guerrera de las relaciones interpersonales y de la existencia humana. *Cómo se hace una novela* es un texto que echa múltiples órdagos individuales –hacia el tiempo y hacia la muerte, hacia Dios, hacia los intelectuales de España, y hacia Primo de Rivera, el rey y Martínez Anido–, aunque, en su totalidad, la obra represente un único órdago echado específicamente a sus lectores, una exhortación para que ellos, a su vez, no solamente

lo reciban, sino que echen también el suyo, un intento por parte de Unamuno de alumbrarse y así alumbrar a los demás, para que ellos, a su vez, aprendan a alumbrarse también (Unamuno, 2005: 225). Fundamentalmente, toda la obra, y en especial la «Continuación» y las otras secciones que Unamuno añadió al núcleo original en 1927 en Hendaya, ofrece el más extenso análisis por parte de Unamuno de las relaciones interpersonales bajo la perspectiva de la relación entre un escritor y sus lectores, basada esta en la autoafirmación que, como el órdago en el juego del mus, tiene como objetivo el desafío al otro y que él, a su vez, lo acepte y reaccione. Una relación, sin duda, guerrera y agresiva, que consiste en «alimentarse de las demás individualidades y darse a ellas en alimento» (Unamuno, 2005: 177), pero también, al mismo tiempo, una relación apasionada que permite a los seres humanos conocerse, penetrarse y compenetrarse:

Si nos llegamos a comprender mutuamente, a prendernos conjuntamente ¿no es que he penetrado yo en la intimidad de tu pensamiento a la vez que penetrabas tú en la intimidad del mío y que no es ni mío ni tuyo sino común de los dos? ¿No es acaso que mi hombre de dentro, mi intra-hombre, se toca y hasta se une con tu hombre de dentro, con tu intra-hombre, de modo que yo viva en ti y tú en mí? (Unamuno, 2005: 217-218)

Esta filosofía interpersonal, que, como Unamuno nos revela en sus poemas de Hendaya, tiene tanto en común con la filosofía y teología del mus, es la que subyace bajo el intento del escritor, en los años 20 y 30, de sublimar la idea de la guerra cruenta entre naciones, bandos e individuos y transformarla en una guerra incruenta entre personalidades colectivas e individuales. Al final de *Cómo se hace una novela*, como ya hemos visto, Unamuno intenta salir de la soledad representada por el solitario o la *patience*, rechazando «la patria que hay tras de ese camino de solitarios, una patria de soledad – de soledad y de vacío», abogando el escritor vasco, en su lugar, por otra patria basada sobre la apasionada relación entre individuos que también ha encontrado en el juego del mus:

Cómo se hace una novela, ¡bien!, pero ¿para qué se hace? Y el para qué es el porqué. ¿Por qué, o sea, para qué se hace una novela? Para hacerse el novelista. Y ¿para qué se hace el novelista? Para hacer al lector, para hacerse uno con el lector. Y sólo haciéndose uno el novelador y el lector de la novela, se salvan ambos de su soledad radical. (Unamuno, 2005: 224)

BIBLIOGRAFÍA

- CEREZO GALÁN, P. *Las máscaras de lo trágico. Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno*. Madrid: Editorial Trotta, 1996.
- COMÍN COLOMER, E. *Unamuno, libelista. Sus campañas contra Alfonso XIII y la Dictadura*. Madrid: Colección Siglo Ilustrado, 1968.
- DEL ARCO LÓPEZ, V. La prensa como fuente. *España con Honra*, un semanario contra Primo de Rivera. *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 1990, 8, pp. 113-142.
- DÍAZ, E. *Revisión de Unamuno*. Madrid: Tecnos, 1968.

- FERRATER MORA, J. *Unamuno. Bosquejo de una filosofía*. Madrid: Alianza Universidad, 1985.
- GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G. *Los intelectuales y la Dictadura de Primo de Rivera*. Madrid: Alianza Universidad, 1988.
- JUARISTI, J. Unamuno: guerra e intrahistoria (1874-1905) (pp. 35-64). En J.-C. Mainer y J. Gracia (eds.): *En el 98. Los nuevos escritores*. Madrid: Visor, 1997.
- JUARISTI, J. *Miguel de Unamuno*. Madrid: Taurus, 2012.
- LAMB, C. *The Essays of Elia*. London: G. Bell and Sons, Ltd., 1913 [1823].
- MACHADO, A. *Juan de Mairena, tomo I*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1942.
- OUIMETTE, V. Unamuno, Blasco Ibáñez and *España con Honra*. *Bulletin of Hispanic Studies*, 1976, 53, pp. 315-322.
- OUIMETTE, V. Unamuno and *Le Quotidien*. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 1977, 2, pp. 72-82.
- OUIMETTE, V. El destierro de Unamuno y el ataque a la inteligencia. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1985, XXVII, pp. 25-41.
- PASCUAL MEZQUITA, E. *La política del último Unamuno*. Salamanca: Globalia Ediciones Anthema, 2003.
- RABATÉ, C. y RABATÉ J.-C. *Miguel de Unamuno. Biografía*. Madrid: Taurus, 2009.
- RABATÉ, C. y RABATÉ J.-C. *En el torbellino. Unamuno en la Guerra Civil*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2018.
- ROBERTS, S. Unamuno contra Primo de Rivera. Diez artículos de 1923-24. *Sistema*, 75, 1986, pp. 83-112.
- ROBERTS, S. Unamuno and the Restoration Political Project: A Reevaluation. En J. Harrison y A. Hoyle (eds.): *Spain's 1898 Crisis: Regenerationism, Modernism, Post-colonialism*. Manchester: Manchester University Press, 2000, pp. 68-80.
- ROBERTS, S. *Miguel de Unamuno o la creación del intelectual español moderno*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2007.
- ROBERTS, S. Exile 1924-1930: Essays, Narrative and Drama. En J. Biggane y J. Macklin (eds.): *A Companion to Miguel de Unamuno*. London: Tamesis, 2016, pp. 53-74.
- ROBERTS, S. Vigilancia y clandestinidad: La vida secreta de Unamuno en Hendaya. En G. Insausti (ed.): *Unamuno en Hendaya*. Valencia: Pre-Textos, 2021, pp. 275-295.
- ROBERTSON, D. Una guerra de palabras: Primo de Rivera y Unamuno en *Le Quotidien*. *Cahiers du CRIAR*, 107, 1985, pp. 107-121.
- SALCEDO, E. *Vida de Don Miguel*. Salamanca: Anthema Ediciones, 1998 [1964].
- TELLECHEA IDÍGORAS, J. I. Unamuno en Hendaya, documentos inéditos. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 34, 1999, pp. 133-159.
- UNAMUNO, M. de *Comment on fait un Roman*. Traduit du texte espagnol inédit par Jean Cassou. *Mercure de France*, 1926, 188 (1^{er} 15 Mai), pp. 5-39.
- UNAMUNO, M. de *Obras completas*, 9 tomos. Edición de Manuel García Blanco. Madrid: Escelicer, 1966.
- UNAMUNO, M. de. *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial*. Edición de Christopher Cobb. London: Tamesis, 1976.
- UNAMUNO, M. de. *República española y España republicana*. Edición de Vicente González Martín. Salamanca: Ediciones Almar, 1979.
- UNAMUNO, M. de. *De Fuerteventura a París*. Edición de Gregorio San Juan. Bilbao: Ediciones El Sitio, 1981.
- UNAMUNO, M. de. *Ensueño de una patria. Periodismo republicano 1931-1936*. Edición de Víctor Ouimette. Valencia: Pre-textos, 1984.

- UNAMUNO, M. de. *Political Speeches and Journalism (1923-1929)*. Edición de Stephen G. H. Roberts. Exeter: University of Exeter Press, 1996a.
- UNAMUNO, M. de. *Miguel de Unamuno's Political Writings 1918-1924. Volume 2: El absolutismo en acecho (1921-1922)*. Edición de G. D. Robertson. Lewiston: The Edwin Mellen Press, 1996b.
- UNAMUNO, M. de. *Manual de quijotismo. Cómo se hace una novela. Epistolario Miguel de Unamuno / Jean Cassou*. Edición de Bénédicte Vauthier. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2005.
- UNAMUNO, M. de. *Paz en la guerra*. Edición de Juan Pablo Fusi. Madrid: Alianza Editorial, 2014.
- UNAMUNO, M. de. *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y guerra civil españolas*. Edición de C. y J.-C. Rabaté. Valencia: Pre-textos, 2019.
- URRUTIA, M. *Evolución del pensamiento político de Unamuno*. Bilbao: Universidad de Deusto, 1997.
- URRUTIA, M. Miguel de Unamuno y *España con Honra (1924-1925)*. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 2009, 47, pp. 193-234.
- URRUTIA JORDANA, A. *La poetización de la política en el Unamuno exiliado*. Salamanca: Editorial Universidad de Salamanca, 2003.

RESUMEN: Este artículo examina la relación de Unamuno con la guerra, desde sus primeros escritos hasta su muerte en 1936, haciendo hincapié en los años del exilio (1924-1930), cuando Unamuno se centra en sublimar el concepto de la guerra con el fin de transformarlo en la base de su filosofía interpersonal. El artículo analiza el papel que desempeñan los juegos de naipes, concretamente el solitario y el mus, tanto en este proceso de sublimación, como en la guerra verbal entre Unamuno y el dictador Miguel Primo de Rivera.

Palabras clave: Unamuno; violencia; guerra; exilio; mus.

ABSTRACT: This article examines Unamuno's relationship with war, from his first writings until his death in 1936, paying special attention to the period he spent in exile (1924-1930), when Unamuno focused on the task of sublimating the concept of war and transforming it into the basis of his interpersonal philosophy. It analyses the role played by card games, especially patience and mus, both in this process of sublimation and in Unamuno's verbal war with the dictator Miguel Primo de Rivera.

Keywords: Unamuno; violence; war; exile; mus.

DOI: <https://doi.org/10.14201/ccmu.28055>

